





# EL GRAN FESTÍN



Manuel Martínez González

# EL GRAN FESTÍN



Primera edición: noviembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Martínez González

ISBN: 978-84-19595-20-1

ISBN digital: 978-84-19595-21-8

Depósito legal: M-28043-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres,  
Y a Michel Rouche.*





«No dejan de pasar muchas cosas,  
algunas buenas, y otras malas».  
Inicio de la *Historia de los francos*,  
de SAN GREGORIO DE TOURS.



—¡Te voy a sacar las tripas, cabrón! —bramó el joven, blandiendo su lanza y dando un paso al frente.

—¿Tú? ¿Tú a mí? ¡Ven aquí, ven, y verás lo que pasa! —dijo el hombre, desenvainando su espada de un tirón y alzando su escudo.

La mayor parte de los viandantes ya había huido de allí, pero un grupo de chiquillos, expectantes y boquiabiertos, contemplaba la escena a prudencial distancia. El joven, mostrando sus grandes y amarillentos dientes, apuntaba con la lanza hacia su oponente, amagando con atacar a cada momento. El hombre, con el rostro contraído por el odio, se movía lentamente en torno a su enemigo, buscando algún punto débil. Ambos permanecían tensos y concentrados, sin separar sus ojos de los del contrario, vociferando sin cesar:

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a desollar!

—¡Me cago en tus muertos! ¡Ven, ven que te saque los ojos!

Fueron girando el uno en torno al otro, tentándose y acercándose poco a poco, hasta que solo les separaron unos palmos, y entonces quedaron inmóviles. Los dos se inclinaron hacia atrás cogiendo impulso, pero antes de que pudieran lanzarse sobre el otro, les detuvo el grito que lanzó un hombre que salía de la casa junto a ellos. Su aspecto era similar al del oponente del joven: portaba espada, escudo, hacha y un gran cuchillo y vestía un jubón forrado con pieles de garduña y un manto parduzco y mugriento; tenía el cabello y las barbas desaliñadas de los guerreros. Corrió hacia ellos desenvainando su espada mientras gritaba al hombre:

—¡Alamán! ¡Joder! ¿Qué pasa?

—¡Este cabrón, que me está tocando los cojones! ¡Ven y ayúdame a matarlo! —dijo el Alamán, mirándole con el rabillo del ojo.

—¡Tú me has cortado la cara, malnacido! ¡Me da igual que estés borracho! ¡Te voy a enseñar a fijarte donde pones la lanza, hijo de perra! —vociferó fuera de sí el joven, tan pendiente del Alamán que no se volvió hacia el recién llegado.

—¡Haber mirado por dónde andabas! ¡Te valía más haberte aguantado, ahora te voy a rajar las tripas!

—¡A ver, joder, Alamán! ¡Acabamos de llegar, no hay que meterse en jaleos! —dijo el otro hombre, sin acercarse demasiado y sin bajar la espada—. ¡Oye, muchacho! Nuestro patrón es Beregisilo, seguro que le conoces. No hay nadie que no le conozca en esta ciudad. Manda a mucha gente, es mejor no meterse con él. ¡Tú, Alamán, quieto, quieto! —y contuvo a su compañero con un gesto de apaciguamiento.

—¿Beregisilo? ¡Pero si ese es mi patrón! ¡A su gente la conozco yo y a vosotros no os he visto en mi vida, mentirosos de mierda!

—¡Nosotros no mentimos! ¡Acabamos de llegar a la ciudad, hace años que no vemos a Beregisilo, pero antes vivíamos en su casa y comíamos en su mesa! Nos ha mandado llamar su primo, Contumelioso, para proponernos un trabajo.

—Sí, Contumelioso se llama —dijo el joven, dubitativo—. ¡Bueno, vosotros no sé quiénes seréis, pero yo soy Liudo, y si alguien me raja la cara, no voy a dejar que se vaya de rositas! —y volvió a mostrar sus dientes.

—¡Tranquilo, hombre, tranquilo! —dijo el hombre, envainando su espada—. A ver, eso de la cara no es nada, hombre, lo veo desde aquí, se te cura solo. ¡Eh, Alamán! Ven aquí y deja en paz al chico, que bastante has hecho ya. ¡Venga, ven te digo!

Sin perder de vista a Liudo, el Alamán fue alejándose de él y aproximándose a su compañero, bajando el escudo solo cuando estuvo a su lado.

—A ver, Liudo, tranquilo, ¿no ves que somos compañeros tuyos? —dijo el hombre acercándose al chico, que aún mantenía su lanza en alto—. Yo soy Gundulfo y te voy a compensar por lo de

la cara, hombre —y sacó una moneda vagamente dorada de una de las bolsitas de cuero que pendían de su cinto—. Toma, bebe algo a mi salud, que eso se te cura en nada. Venga, hombre, cógela.

Aún con cautela, Liudo enderezó su lanza y con un rápido movimiento tomó la moneda que le ofrecía Gundulfo. Tras intentar doblarla con sus manos y dientes sin éxito, la contempló con admiración y la guardó en un bolsillo de sus ajados pantalones.

—¿Lo ves? Somos de fiar —dijo Gundulfo—. Aquí no ha pasado nada. Justamente ahora íbamos a ver a Contumelioso, ¡pregúntale a él si nos conoce o no!

—¿Ahora? ¿Ibais justo ahora?—dijo Liudo—. Porque a nosotros, a mis amigos y a mí, también nos ha llamado Contumelioso ahora para un trabajo que nos manda el patrón.

—¡Bueno, entonces está claro que es el mismo que vamos a hacer nosotros! ¡Somos compañeros, ya te lo dije! Es mejor que nos llevemos bien, hombre. ¡Alamán, ven aquí! ¡Ven y dale la mano a Liudo, venga!

El Alamán se acercó arrastrando los pies, deteniéndose ante Liudo. Los dos se sostuvieron la mirada unos instantes, pero, sin perder un momento, Gundulfo puso sus manos en los hombros de ambos y dijo:

—¡Vamos, daos la mano! ¡Ya pasó todo! ¡Amigos!

Los dos acabaron por estrecharse la mano y sus poses se relajaron un poco. Gundulfo siguió hablando:

—Ahora íbamos a reunirnos con nuestros compañeros y luego a la taberna en el centro de la ciudad, la que está junto al pozo, donde estará Contumelioso esperándonos.

—Sí, a nosotros también nos dijo que fuéramos a la taberna.

—Entonces, vamos todos juntos. ¿Qué, hace mucho que trabajáis para Beregisilo?

Los tres continuaron charlando mientras recorrían las desiguales y accidentadas calles, entorpecidos a cada paso por multitud de hoyos y desniveles en la tierra; de cuando en cuando, tenían que esquivar unas zarzas o apartar de un puntapié una

pedra. Casi todas las casas eran de madera, sucias y torcidas; los escasos edificios de piedra estaban cubiertos de musgo y grietas y les faltaban muchos de sus bloques. Al poco tiempo, llegaron a una pequeña plaza por la que pululaban hombres, perros, cabras y ovejas por entre varios tenderetes de madera aún llena de nudos. Al ver a tres hombres que inspeccionaban unos cuchillos, Gundulfo y el Alamán hicieron un gesto de reconocimiento y, sonriendo, se acercaron hacia ellos:

—¡Eh, muchachos! ¿Qué tal fue la cosa con el herrero?

Los tres hombres se giraron hacia los recién llegados y les saludaron. Su indumentaria y armas eran similares a los suyos, pero dos de ellos además, portaban arco y lanza, y otro una larga jabalina. No les faltaría mucho para llegar a la cuarentena, y su piel estaba recubierta por incontables cicatrices. De brazos y cuellos, destacándose sobre su ropa gastada y polvorienta, les pendían amuletos de piedra y cristal. Uno de ellos contestó a Gundulfo:

—Bien, nos ha arreglado y afilado las armas, ahora sí que cortan bien.

—Todas, ¿no?

—Que sí, todas, mira, mira cómo ha quedado mi francisca —y se sacó del cinturón un hacha de mano arrojadiza, cuya hoja colocó ante la cara de Gundulfo—. Y este chico, ¿quién es?

—Se llama Liudo, y también lucha para Beregisilo. Contumelioso le ha llamado a la taberna, seguro que para el mismo trabajo que a nosotros. Liudo, este es Leudgario. Es un hombre valiente, ha matado lombardos a puñados.

—¡Y bien que corrían los desgraciados! ¡Pero no les valió de nada! —dijo el aludido, hinchando el pecho.

—Este de aquí es Chaino, y este sí que es un buen cabrón. Sitio por donde pasa, sitio por donde no queda mujer sana. Todas le valen, las madres, las hijas, las hermanas, todas las que pille.

—¡No, ahí las iba a dejar! —rio Chaino guiñando un ojo.

—Y este es... bueno, nosotros le llamamos Sax, ¿enséñale por qué! —dijo Gundulfo al tercer hombre.

Sin perder el gesto malcarado que había mantenido desde el principio, Sax sacó de la funda que llevaba al costado un enorme cuchillo de un solo filo y lo sostuvo ante los ojos de Liudo. Era similar al de sus compañeros, pero su mango estaba hecho con un asta de venado y su aún rojiza hoja era tan larga como el brazo de su portador.

—¿Qué?, ¿a que nunca habías visto una cosa tan bonita como esta, eh? —le dijo Gundulfo a Liudo—. A este no le hace falta espada: todo lo arregla con su cuchillo, por eso le llamamos así. ¡Pero si no te metes con él, es un buen amigo!

Todos se echaron a reír, salvo Liudo y Sax; el primero no lograba apartar la mirada del segundo, tratando de que sus ojos no se desviaran hacia las zonas de su cabeza en que deberían haber estado las orejas, que parecían haber sido seccionadas muy limpiamente. Sax se limitó a introducir el arma que le daba nombre en su funda, sin desfruncir el ceño.

Los seis guerreros siguieron su camino a la taberna, charlando a voces con gran animación; al verlos completamente armados, los transeúntes se apartaban ante ellos. Tras doblar una esquina, vieron al fondo de la calle a un joven que se acercó hasta ellos saludando a gritos a Liudo, que sonrió al verle.

—¡Hola, Sigirad! ¿Qué?, ¿te han dicho algo de esos cabrones?

—No, no saben dónde están —dijo el otro, torciendo el gesto—. Pero ya los encontraré y les sacaré hasta los hígados. ¿Quiénes son estos con los que vas?

—Son gente del patrón, vienen de lejos. Contumelioso les ha llamado a la taberna, como a nosotros.

—¡Ya le has oído, muchacho, vamos a ser compañeros! ¡Venga, un saludo! —y así diciendo, Chaino se adelantó hasta Sigirad y palmoteó con fuerza su hombro, sin darle tiempo a sobreponerse a su confusión—. Pero, ¿quiénes son esos a los que les vas a sacar los hígados, eh?

—¡Las gentes del conde Adalgisel! —bramó Sigirad—. ¡Mataron a mis dos hermanos! ¡Y ahora quieren matarme a mí, porque

me cargué al hermano de uno de los suyos! ¡Ellos a mí dos, y yo a ellos solo uno, y encima quieren matarme! —y golpeaba su lanza contra el suelo lleno de furia.

—¡Bueno, muchacho, tranquilo! —intervino el Alamán—. Ahora que estamos con vosotros, van a ver esos del conde; tú avísanos cuando sepáis dónde están.

—Ese conde Adalgisel siempre anda jodiendo a nuestro patrón —dijo Liudo—. Hace una semana, nos pillaron por sorpresa y mataron a la mitad de los nuestros, ¡los cabrones! Catorce que éramos y ahora no quedamos más que siete.

—Sí, ya hemos oído que ese Adalgisel se cree que puede hacer lo que le dé la gana —dijo Gundulfo—. ¡Bah! A los que se meten con todo el mundo tarde o temprano les cortan el pescuezo sus enemigos, o hasta el rey si arman mucho alboroto, y cuando eso pase, el patrón será el nuevo conde. Bueno, cuando sea, será; ahora, a la taberna.

Aunque solo tuvieron que cruzar un par de calles más para llegar a la taberna, la luz del sol ya comenzaba a declinar, y cuando los siete penetraron en el local, las llamas brillaban sobre el aceite de las lámparas. La estancia estaba formada por grasientos tablones de madera apenas descortezada, mal encajados y llenos de cortes. En torno a una veintena de hombres y alguna que otra mujer parloteaban sentados en toscos taburetes de tronco de árbol, alrededor de mesas repletas de vasos de barro cocido o vidrio translúcido. El suelo estaba repleto de pequeños charcos, briznas de paja y fragmentos de algún material terroso. En cuanto los siete guerreros entraron, un hombre que llevaba brazaletes y cinto plateados se alzó de una de las mesas y les hizo señas para que se acercaran.

—¡Contumelioso! ¡Hijo de puta! —exclamó Gundulfo, abrazando al hombre y palmoteando con violencia su espalda—. ¡Qué de años desde la última vez, cabrón! ¡Ya veo que sigues bien!

—¡No tanto como tú, animal! —voceó Contumelioso—. ¡Te lo habrás pasado bien peleando aquí y allá, como está mandado! ¿A cuántos frisios habéis destripado, compañeros?



—¡A todos los que no echaron a correr! —clamó el Alamán—. ¡Y bien que lo hicieron!

—¡Les quitamos las ganas de volver! —corroboró Leudgario.

—¡Así se hace! ¡Tabernerol! ¡Vino con ajeno bien caliente para mis amigos, yo invito! ¡Y otra ronda para estos muchachos! —y extendió su brazo hacia sus cinco compañeros de mesa, que también se habían levantado—. Estos de aquí son los chicos de Beregisilo, ¡pero veo que ya conocéis a los dos que nos faltaban! —dijo señalando a Liudo y Sigirad.

Los cinco eran jóvenes: el menor tendría apenas dieciséis años, el mayor no pasaría de veintipocos. Sus ropas eran muy simples, limitándose a una camisa de lino o de piel y pantalones del mismo material, con correas de cuero repletas de pequeños saquitos y el ocasional cuchillo. Por las armas que se veía apoyadas sobre la pared, junto a la mesa, todos poseían lanza y escudo, y alguno de ellos, arco y hacha. Sus rostros apenas mostraban unos cuantos tajos y arañazos, y la mayoría conservaba todos los dedos de las manos.

—Pues aquí los tenéis: Chundo, Ratchis, Teridio, Badón y Angilrám. Muchachos, estos que acaban de llegar son Gundulfo y sus amigos, son unos guerreros cojonudos. Pero bueno, ya os iréis conociendo. ¡Sentaos, sentaos, que tenemos mucho de qué hablar!

Los recién llegados apoyaron sus armas en la pared y se sentaron alrededor de la mesa. Una pareja disputaba a grandes voces en la mesa de al lado, mientras un hombre con un cuchillo desenfundado perseguía a una gallina por entre los taburetes. Contumelioso se dirigió a Gundulfo:

—Bueno, aunque no hayáis estado ni un día en Vindocinum, seguro que ya habéis oído la que se ha liado con los bretones, ¿no?

—Sí, hombre, lo de siempre. Ya han vuelto a salir de sus tierras a robar y matar en las nuestras, lo mismo que hacen año sí, año no. Todavía no se han dado cuenta de que siempre les ganamos y que tienen que obedecernos. Habría que ir a darles un buen escarmiento.

—Sí, eso mismo ha pensado el rey Gontrán: ha llamado a gente de casi todo el reino para que vayan a enseñarles lo que les pasa a

los que se meten con los francos. ¿No habéis visto que la ciudad está medio vacía? Solo han quedado los niños, las mujeres y los viejos, y unos pocos romanos. Todo el que puede luchar medio bien se ha ido para allá.

—¿A dónde? ¿A Bretaña? —preguntó Leudgario.

—Cerca, a Namnetum, por toda esa zona suelen atacar los bretones, porque está cerca de sus tierras. Beregisilo, nuestro patrón, ya ha marchado con sus hombres para unirse al ejército del rey, que va en camino; se fueron hace un par de días.

—Y entonces vosotros, ¿por qué os habéis quedado? —preguntó Chaino.

—Porque necesitábamos gente con cojones para un trabajo especial, gente como vosotros. Iban a encargarse estos muchachos, que también los tienen bien puestos, pero ya veis, también se han quedado atrás las gentes de ese perro de Adalgisel y se cargaron a siete de los nuestros el otro día.

—¡Ya verán esos hijos de puta! —clamó Teridio, el más bajo y escuálido de los jóvenes.

—El caso es que me quedé yo aquí para reunir más hombres y formar otra cuadrilla, que no es fácil, porque al rey no le hace gracia que la gente no le haga caso cuando la manda ir a la guerra. Pero supe que me podía quedar tranquilo cuando me enteré de que habíais llegado vosotros, amigos, que habéis luchado en tantos sitios. ¡A ver si les podéis enseñar algo a estos chavales, que valen mucho, pero todavía están algo verdes!

—Bueno, por nosotros bien, lo que mande el patrón —dijo Gundulfo, pasándose los dedos por sus grasientos y enmarañados cabellos—. ¿Y cuál es ese trabajo que tenemos que hacer?

—Nada, una cosilla. Resulta que el patrón se ha encaprichado de una mujer y ha mandado que se la llevemos cuanto antes. No sé si es para que sea su querida y mantenerla con las otras que ya tiene, o si es que es rica y va a casarse con ella... Sea como sea, tenéis que traérsela, y ahí está la cosa: a la muchacha esta la han metido hace poco de monja en un convento, el de San Maurilio en Cenomanis.

—¿Un convento? —saltó Leudgario.

—Bueno —continuó Contumelioso, ignorando la interrupción—, pues tenéis que sacarla de allí y llevarla a Endechabas, que el obispo de la región es amigo del patrón y se la guardará hasta que pase a por ella. Cuando se la hayáis dejado, ya podréis ir desde allí a luchar contra los bretones, que supongo que tendréis ganas.

—Sí, hombre, luchar es lo que sabemos hacer. Pero eso de sacar a una monja de un convento... —dijo Gundulfo.

—A san Maurilio no le hará mucha gracia que le quiten una de sus monjas, digo yo —apostilló Leudgario.

—San Maurilio ya está muerto y enterrado —replicó Contumelioso.

—¡Y qué! ¡A la gente que entra a robar a un monasterio no le va bien, eso lo sé yo! Un primo mío lo hizo y, antes de un mes, ya estaba bajo tierra. No, con las cosas de los santos lo mejor es no hacer el tonto.

—Sí, de cosas de curas, cuanto más lejos mejor, que nunca se sabe —intervino nerviosamente Angilrám, un veinteañero de anchos hombros.

—Tranquilos, al santo no le va a importar que nos llevemos a esa mujer, Closolinda se llama —aseguró Contumelioso—. La han obligado sus padres a meterse a monja, seguro que se escapaba tarde o temprano. Además, luego el patrón le dará alguna cosa al convento, ¿qué os creáis? ¿Que Beregisilo iba a quitarle algo a un santo sin darle nada a cambio? ¡Venga, dejad de preocuparos tanto y bebed un poco, que no se diga! —y alzó su vaso.

Todos le imitaron, echando un largo trago del vino que acababan de traerles, tras lo que manifestaron su satisfacción mediante fuertes eructos y otros sonidos guturales.

—Ah, y todavía no os he contado lo mejor. El rey no ha ido en persona con sus ejércitos a Namnetum. ¿Sabéis a quién le ha encargado que los dirija a luchar con los bretones, eh? Pues nada menos que al duque Bepoleno, a ese y no a otro.

—¿El de los festines? —preguntó Chaino, con el rostro súbitamente iluminado.

—¡Sí, ese! ¡Veis, sabía que habríais oído hablar de él! ¡El duque Bepoleno, el que cuando gana una batalla hace unos festines que duran dos días!

—¿Sí? ¿Tan grandes son? —preguntó Ratchis, un rubio joven y aniñado.

—¡Que si son grandes, dice el chavall! —rió Contumelioso—. ¡Anda, contadle cómo son!

—Chaino y yo estuvimos en uno, cuando fuimos contra los de Aurilianis —dijo el Alamán—. ¡Buá, que si fue grande aquello! ¿Os acordáis de cuando fuimos al banquete que dio el rey Chilperico? Bueno, pues eso no fue nada comparado con lo de aquella vez. Gente y gente y platos y platos, comida de todas razas, y vino, y juerga, y cantes...

—¡Y miel para todos! —añadió Chaino.

—¿Miel? ¡Estás de broma! —dijo Sigirad, incrédulo.

—¿Que no? ¡Un montón de miel, como te lo cuento! ¡Era una cosa que no se puede explicar! ¡Todo el mundo borracho y riendo, y comiendo hasta reventar, y mujeres por todas partes! Y vino de Laodicea, y de Gaza, y de más sitios que no había oído nunca. Y platos muy raros, de gente fina, de ricos.

—Eso es porque el duque Bepoleno siempre se lleva a sus cocineros a la guerra —dijo Contumelioso—. Vais a ver, muchachos. El duque ya nos ha prometido el mayor festín que se haya visto nunca después de que les hayamos dado una paliza a los bretones. ¡Va a ser una cosa de las que pasan una vez en la vida!

Todos se llenaron de júbilo y volvieron a brindar. Los jóvenes reían sin cesar y parloteaban excitadamente, mientras los veteranos comentaban todos los detalles que aseguraban recordar o haber oído contar de pasados festines.

—¡Calma, calma todo el mundo, que aún no os lo he contado todo! —dijo Contumelioso—. Ya sabéis que nuestro patrón no es ningún agarrado, ni uno de esos ingratos que se olvidan de sus amigos. A vosotros, compañeros, os pagaré con joyas, con vacas,

con monedas, como queráis; y para vosotros, muchachos —y se volvió hacia los jóvenes—, ¡habrá espadas para todos!

—¿Espadas? ¿De las buenas? —preguntó Ratchis, ilusionado.

—De las mejores, de las que no se parten ni se doblan. Cortan brazos y cuellos como si fueran paja. Hasta tienen dorados y dibujos, yo las he visto y son muy bonitas.

—¡Nos lo has prometido! ¿Eh? ¡Luego no nos digas que no te acuerdas! —voceó Angilrám.

—¡Lo juro! ¡Lo juro por el rey Clodoveo y sus gloriosos hijos! —dijo Contumelioso, dando un manotazo en la mesa—. Pero además de traer a la monja, tenéis que luchar con valor contra los bretones, ¿eh? Que si nuestro patrón queda bien delante del duque, seguro que se lo cuenta al rey y le ayuda contra ese cerdo de Adalgisel. Y, bueno, si el rey lo echa y hace conde al patrón... ¡como pase eso, muchachos, entonces vamos a ser los amos!

—¡Van a ver esos bretones! ¡Se les van a quitar las ganas de robarnos nada! —exclamó Chaino, alzando su vaso.

Hubo un nuevo brindis y todos vaciaron sus vasos. Contumelioso pidió otra ronda, mientras el resto charlaba animadamente. La taberna se hallaba sumida en voces y griterío; un par de hombres al fondo no dejaba de lanzar juramentos mientras jugaba a los dados, mientras que la pareja de al lado discutía cada vez más acaloradamente, hasta que llegaron a las manos y cayeron rodando al suelo, entre las risas y aplausos de todos.

—Oye, me habían dicho que ibais a ser ocho, ¿dónde están los otros tres? —preguntó Contumelioso a Gundulfo.

—¡Qué sé yo! Pero mañana estarán con nosotros, no te preocupes. Harán lo que les digamos.

—Bueno, vosotros sabréis. Entonces, con estos siete muchachos, seréis quince.

—¿Qué, chavales? —dijo Alamán—. Hace poco que habéis empezado en esto, ¿no?

—Yo ya llevo un año —dijo Badón, alzando mucho la voz—, ya he matado a muchos hombres con mis propias manos.